MUNDO SIN DIOSES

CAOS Y DESTINO

3

◆ BENITO TAIBO ◆

MUNDO SIN DIOSES

CAOS Y DESTINO

3

Planeta

Diseño e ilustración de portada: David Espinosa Álvarez
Fotografía del autor: © Blanca Charolet
Ilustraciones de interiores: David Espinosa

© 2020, Benito Taibo

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2020
ISBN: 978-607-07-7231-3

Primera edición impresa en México: octubre de 2020
ISBN: 978-607-07-7232-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

I

HISTORIAS

La luz que proviene de la pequeña lámpara de aceite ilumina tan sólo una esquina de la enorme habitación. No ha amanecido todavía. Encorvado sobre una mesita baja, sentado en una estera, Azur Banná pasa con extremo cuidado las páginas del librito que tiene entre las manos y que contiene los secretos de las vidas pasadas del mundo en el que vive.

Una extraña sensación lo inunda. Se siente como un fisgón que se asomara por una rendija de la puerta para ver a los que duermen plácidamente al otro lado. Asomarse al pasado. Literalmente, *El pasado* es el título, impreso en caracteres dorados, del libro de pastas rojizas que han encontrado en la cueva de los guerreros

dormidos y al que le debe sus manos temblorosas. Al parecer, en él se encuentran la impronta que dejó en su entorno la especie a la que pertenece, las causas y los efectos de la transformación, el origen de la debacle, el destierro de la razón y la llegada de un tiempo de oscuridad del que no han acabado de salir.

Azur sabe que lo que está por leer puede ser determinante para el futuro de Sognum y tal vez para el resto de la Tierra. Si no se conoce el pasado, es muy difícil prefigurar el futuro. «Los hombres cometen, una y otra vez, los mismos errores», piensa Banná, «como un gato que se mete al fogón, tercamente, todas las noches, a sabiendas de que terminará quemándose la cola».

El libro está escrito con caligrafía apresurada, como si el o la que lo escribió presintiera que el tiempo se le echaba encima como una ola inmensa y demoledora. Incluso hay borrones y correcciones hechos al vuelo, y que manchan algunas páginas. Nada que ver con los preciosos pergaminos, garigoleados, bellos y llenos de imágenes coloreadas que encontró en la biblioteca.

Azur Banná respira muy hondo. En la cama, al fondo de la habitación, está dormida Aria, antes Lampsi, la de sus sueños; antes la intocable que con un roce de la mano le ha salvado la vida. No quiere despertarla. Quiere, más bien, que su acompasada respiración lo acompañe en la aventura que está por comenzar, que le dé ritmo a su

lectura, que vele con su calma la entrada al territorio de lo visto y lo vivido por otros que hoy son sólo cenizas, un recuerdo sepultado en el tiempo. Lee con dificultad; hay palabras que no conoce de primera mano, que no entiende, y cuyo significado, sin embargo, adivina por el contexto.

Fuimos necios hasta la ignominia. Y también arrogantes. Lo tuvimos todo y todo lo perdimos.

Escribo estas páginas con la esperanza de que las nuevas generaciones (si las hay, si las hubiese en el futuro, que es incierto y oscuro) aprendan de nuestros errores y los eviten como se evita al escorpión del desierto que se esconde en la arena, bajo la planta de tu pie, esperando que lo pises.

Tal vez nunca nadie lea esto que escribo y, sin embargo, es mi deber y mi derecho el escribirlo. Un deber moral que tiene que ver con venganzas, agravios, veleidades y esa maldita costumbre de estropearlo todo. Somos, sin duda, la única especie sobre la Tierra capaz de destruirse a sí misma.

Dicen los más viejos que fuimos una civilización floreciente y que la técnica, las artes y la ciencia avanzaban a pasos agigantados. Todos los días se descubría algo nuevo que redundaba en el beneficio común, y se habían erradicado el hambre y la pobreza. Era el paraíso.

Todos cosechaban lo que habían sembrado en su día y los frutos de la tierra se repartían equitativamente. Máquinas enormes que pensaban por sí mismas hacían muchos trabajos

difíciles. Enormes carros voladores de metal surcaban el cielo llevando en sus entrañas a personas que llegaban con prontitud y velocidad a su destino, y pequeños artilugios permitían la comunicación de unos con otros, por lejos que estuvieran. La noche había sido erradicada. Muchos soles mínimos e individuales lo iluminaban todo. Aparatos de luz enviaban imágenes a cualquier rincón de la Tierra y todos los días había nuevos libros que leer; no eran libros hechos a mano, como este, sino en serie, accesibles y limpios, en los que se preservaba poesía, arte y ciencia para labrar nuevos caminos. Se escuchaba música en plazas y jardines; y enormes y blancos monumentos hablaban sin palabras sobre la grandiosidad de lo que habíamos logrado entre todos, una vez que olvidamos nuestras diferencias y nuestras pequeñas inquinas.

La guerra era una pesadilla desterrada en el pasado; nadie necesitaba nada porque todo lo tenían. Los ejércitos fueron desarmados y quienes los componían se dedicaron a labrar la tierra, a investigar, a inventar. No había robos porque todo era de todos.

Los líderes eran elegidos por las mayorías y pensaban siempre en el beneficio de los otros y no en el propio.

Idílico y sensato mundo que mis ojos ya no vieron, pero que me fue referido por otros con nostalgia y cariño. Un lugar de ensueño en que los hombres habían decidido bien y sentado las bases de la creación del destino compartido. Todos tenían lo indispensable…

Azur Banná abandona por un instante la lectura. Hay al final de la página una pequeña mancha, como si hubiera caído sobre ella una minúscula gota de agua.

Una lágrima tal vez.

Tal vez de quien escribía y se preparaba para contar la debacle que vendría: la destrucción del sentido común.

Imagina ese mundo perfecto de prodigios, donde todos eran iguales, sin amos ni esclavos, sin violencia, donde las ciencias actuaban en beneficio de todos. Y desea con todas sus fuerzas encontrar las claves para volver a ese tiempo, admirar por sí mismo todas esas maravillas y disfrutarlas.

Aria se revuelve en la cama. Un rayo de luz entra por el resquicio de la ventana e inunda el aposento con una tenue iluminación. Un nuevo día al lado de la mujer de su vida. Esta delicada, inteligente, amable compañera que ha abandonado una vida de privilegio y le ha ofrecido su corazón en prenda.

Sólo por ella este no es un mundo tan malo como aparenta ser. La esperanza es otro pequeño haz de luz que puede iluminarlo todo si se lo propone.

—¿Azur? —murmura Aria desperezándose y buscándolo con la mirada.

—Aquí estoy, mi amor —responde el matemático, levantándose de la estera y dejando el libro del pasado abierto sobre la mesita.

Sopla el pabilo de la lamparilla y suspira. Prefiere quedarse con esa visión de un mundo que hasta ahora sólo ha vislumbrado, un mundo lleno de carros metálicos voladores, y no entrar todavía al centro del caos que se anuncia.

—¿Ya es de día? —pregunta Aria, entornando los ojos.

—Ahora es de día —contesta Banná, y se quita la bata que lo cubre y se acurruca a su lado en la tibia cama.

2
SUEÑO

Después de la batalla se la dijo un viejo del pueblo y desde entonces aquella palabra ronda en su cabeza.

—*Sognum* significa «sueño». Los guerreros dormidos que tú cuidabas estaban sumergidos en un sueño constante. Por eso llamaron así a la ciudad.

Pero Milka sabe bien que hay de sueños a sueños. Y hoy el sueño de la libertad y la justicia es el que prevalece en estas tierras, un sueño nuevo. No hay motivos para cambiar el nombre de su hogar. Y tarde o temprano todo el mundo tendrá que saber el porqué, como ella ya lo sabe.

En estos pensamientos se entretiene, mientras distraídamente come una manzana en el pequeño y caprichoso

jardín veteado de flores amarillas, junto a una fuente de mármol en cuyo centro hay una escultura de un par de peces que se entrelazan en el aire, por sobre el agua, cuando siente una mano sobre su hombro.

Y, sin inmutarse, sabe de inmediato que se trata del enorme guerrero que de muchas maneras ha cambiado su vida: Suuri.

—Buenos días —dice, sin mirar hacia atrás.

—Antes hubieras saltado asustada —responde el hombrón.

—Antes tenía miedo. Ahora no —contesta la muchacha dando una delicada mordida al fruto rojo que sostiene en la mano.

Suuri se sienta junto a ella, ocupando con su vasta humanidad un gran trozo de la banca. Lleva una bolsita de piel de la que saca unas nueces azucaradas que va metiéndose a la boca.

—El miedo es bueno. Ayuda a estar prevenido. Mientras no te paralice, sirve para estar atento de los peligros que hay alrededor —afirma, mientras mira más allá de la fuente, atisbando todo con unos ojos entrenados para estar alerta.

—Tal vez, pero no hay peligro alguno aquí. Excepto tú —replica la muchacha con un poco de coquetería y se arrepiente de inmediato de lo que acaba de salir de su boca. Se ruboriza tanto como el tono de la manzana que

come—. Perdón. Lo que quería decir… —y no puede terminar la frase.

El enorme guerrero se inclina suavemente hacia ella y posa sus labios llenos de azúcar sobre los de Milka.

Un beso corto. El guerrero ha cerrado los ojos igual que hacen los adolescentes la primera vez que besan. Todos los adolescentes del mundo.

En cambio, Milka ha mantenido los suyos sorprendentemente abiertos. No se lo esperaba. Y ha sentido no sólo el azúcar de ese beso, sino también el breve picor de la barba cerrada del guerrero sobre su cara.

—No quise… —dice Suuri.

—Pero yo sí —contesta resuelta la antigua guardasueños—. Para besarse se necesitan dos, y eso somos.

Una sonrisa inmensa ilumina la cara del siempre adusto líder de la revuelta. Este hombre acostumbrado a dar órdenes y a poner su espada por delante. Y ahora no parece más que un corderito contemplando un campo verde e inmenso que se extiende ante sus ojos.

—Milka… Yo… Quisiera… —y tartamudea.

—No tienes que decir nada. Ya me lo dijiste.

Y, sin embargo, el inmenso guerrero se levanta y tira la bolsa de nueces, que acaban desparramadas por el suelo. Su silueta gigantesca tapa incluso el sol. Milka lo mira como se mira a una torre. No sabe qué sucederá a continuación.

Y Suuri pone una rodilla en tierra, como hacen los soldados frente a aquellos que respetan y a quienes han jurado seguir en batalla.

—¿Quieres ser mi esposa? —pregunta con un hilo de voz que parece salir de una garganta distinta a la suya.

Milka se levanta también. Ahora la cabeza de Suuri queda a la altura de su pecho.

—No —contesta mirándolo directamente a los ojos.

—¿No? Yo pensé…

Y Milka pone un dedo sobre sus labios para impedir que siga hablando.

—Quiero ser tu cómplice, tu pareja, tu igual, tu compañera. La que va a la batalla contigo y sueña los sueños que tú sueñas. No estar metida en una cocina o cuidando niños. Eso quiero.

A Suuri le vuelve el alma al cuerpo y la sonrisa que había desaparecido unos instantes antes. Le toma la mano, con toda la delicadeza de la que es capaz un guerrero, y repite la pregunta.

—¿Quieres pasar conmigo el resto de tu vida? ¿Soñar juntos? ¿Amanecer juntos? ¿Ir juntos a la batalla para defender lo que estamos construyendo?

—Sí, quiero —y Milka toma la cabeza del guerrero entre sus brazos, la acuna sobre su pecho y siente cómo algunas lágrimas que salen de los ojos del gigante mojan brevemente su túnica blanca.